

## Justicia recíproca

Por regla general el más fuerte abusa, haciendo víctima al más débil.

Los gobiernos abusan, no por ser gobiernos, sino por ser los más fuertes; en el momento en que el pueblo fuera el más fuerte, éste abusaría.

Los gobernantes y las autoridades, con el predominio que poseen, abusan hasta que se llena la medida de paciencia del público, y en seguida vienen las manifestaciones populares de descontento, protesta y rebeldía.

En el tiempo de las clásicas revoluciones de la historia de la república peruana, los descontentos se conseguían rifles, armaban a los indios inconscientes y organizaban la plena guerra civil: ellos atacaban y el gobierno se defendía, y ganaba el que podía más, como en cualquiera contienda bélica. Nadie habría dicho que al gobierno le estaba vedado dar batalla a los subversivos; nadie le echaba en cara los muertos y heridos habidos, porque se había trabado sencillamente un combate entre



dos bandos que se disputaban la supremacía. Mas bien se culpaba a veces a los rebeldes de ser causantes de inútil derramamiento de sangre, perturbando el orden en beneficio de meras ambiciones personales.

Ahora las circunstancias y las tácticas han cambiado. Ahora son huelguistas o manifestantes populares <sup>los</sup> que por alguna causa inmediata de disgusto se dirigen hacia el gobierno, a veces en tono suplicante y a veces en son amenazante. Son masas de manifestantes "pacíficas" e "inermes" las que se enfrentan al gobierno. Se sostiene que carecen de todo elemento político. Estos manifestantes, <sup>se considera que</sup> son el pueblo encomendado al cuidado del gobierno, <sup>el cual</sup> sería un crimen tratarlo como enemigo, o usar las armas contra él.

Y sin embargo, los agitadores políticos suelen tener su mano en esos movimientos populares, sea usando la palanca de una efervescencia especialmente creada para el caso, o aprovechando de cualquier modo ~~de~~ para aprovechando de una excitación existente. El ingrediente de intriga política lo expectan tanto el gobierno como el público en las agitaciones obreras que periódicamente perturban la vida social actual, y por eso el gobierno



del Perú no puede mirar semejantes acontecimientos 3  
como lo mira, por ejemplo, el rey de Inglaterra, que sabe que los  
manifestantes viven por lo que dicen sus banderas, y no para  
sacarlo del trono.

A esa madurez política que hay en Inglaterra, debemos proponer  
nos llegar. Nunca haremos labor ampliamente constructiva  
na ~~esta~~ <sup>mientras que</sup> ~~que~~ <sup>cualquiera cosa</sup> hagamos de todo pretexto para sacar a un  
presidente de la silla y poner otro. Debemos aprender a no  
tocar a gobernante alguno que se encuentre dentro del período  
de su constitucionalidad. Debemos <sup>la costumbre</sup> dejar de aprovechar <sup>cualquier</sup> ~~todo~~  
incidente para crearle odios al gobernante.

Solo los necios creían que podríamos hacer vida política sin  
un gobernante o que pudiésemos tener un gobernante sobrehuma-  
namente impecable y perfecto. Al gobernante nos dirigimos con  
nuestras protestas, reclamos y solicitudes y — en lugar de insis-  
tir que nos atienda, lo botamos. Como va a ser el método de  
botar a un gobernante el medio de conseguir que el gobierno  
cumpla las necesidades de la sociedad.

Un gran recorte para hacer odios al gobierno se ha encontrado  
en confrontarlo con las sucuchas manifestaciones huelguistas.



El ataque al gobierno bajo la careta de una mani- 4  
festación obrera es hipócrita en comparación con las resueltas  
abiertas de antes. La defensa del gobierno que en frente de las  
montoneras de ayer se juzgaba como simple cuestión de  
guerra, se estima con relaciones dudosamente pacíficas de  
ahora como una especie de filicidio, cometido por el patriarca  
Hoy ~~trabaja~~ <sup>que se lucha</sup> mucho menos con la espada y  
más con la palabra, sirve de materia de explotación cualquier  
sangre derramada en un choque entre la policía y los manifes-  
tantes, que la gran prensa proletaria universal arruina como  
cuerpo de delito a los pies de los gobernantes. Aquí pedimos más  
justicia: más justicia de parte del público hacia los gobernantes,  
para poder tener derecho de exigir también más justicia a  
éstos.

Si el gobierno fuese prohibido absolutamente de hacer uso de las  
armas en vista de un movimiento popular, las relaciones de fuerza  
cambiarían en el acto: ya no sería el más fuerte el gobierno, sino  
el pueblo y éste, abusaría, por el predominio de la fuerza, con toda  
seguridad, aunque en forma distinta, lo mismo que antes el  
gobierno. Verdad que la compacta masa viviente, en que ~~la~~



descarga de fusiles de la gendarmieria podria hacer un terrible y aparentemente villano estrago, no tiene armas, con excepcion quizá de algunos revolveres dispersos, pero esa masa puede romper puertas, puede propagar incendio, puede acometer a los individuos de sus antipatias.

Esa masa <sup>además</sup> ~~no es~~ todo el pueblo. Los manifestantes son los hombres que han tenido bastante valor y empuje para ir a la lucha civil - son en buena cuenta guerreros. Un guerrero no debe objetar a los golpes y heridas que recibe. El hombre que quiere tener el pellejo completamente a salvo se queda en su casa y no se asoma, siquiera por curiosidad, a una demostración callejera. No es ateroso atacar a un manifestante, porque un manifestante es un luchador. Uno que figura en la manifestación, o cerca de ella, estima su vida menos que el objeto que lo lleva allí. Menos derecho tiene de quejarse de la Sala que tal vez le caiga, el hombre que concurre a un encuentro civil que el soldado que asiste a una batalla, porque a éste le amarra la ley del Servicio Militar Obligatorio, mientras que el manifestante popular ~~no~~ por su voluntad.

No, los manifestantes ni son todo el pueblo, ni ~~son~~ <sup>merecen</sup> con frecuen-



cia el calificativo de pacíficos. El pueblo verdaderamente pacífico está lejos de las manifestaciones del desfile callejero <sup>constituye</sup> y es un tercer factor, ~~no manifiesto~~ que lo que ni es gobierno, ni es manifestante, y es más numeroso que ambos, y hacia el cual el gobierno cumple una obligación, manteniendo lo que se llama el orden.

Este tercer factor, la sociedad neutral, está amenazada del desorden de la fuerza de los huelguistas, lo mismo que del desorden de la fuerza del gobierno. Los efectos de ambos desordenes son distintos. El <sup>efecto del</sup> desorden de la fuerza de los huelguistas ~~es~~ de efecto rápido, instantáneo, el de la fuerza del gobierno lento y agobiante. En un día, el populacho puede destruir en su furor una ciudad entera <sup>junto con</sup> y las obras de paciente labor de arte y comercio; y esta rápida destrucción provoca una defensa igualmente rápida. Desde luego, la sociedad, por disatisfecha que esté con el gobierno pide a éste, sin embargo, una enérgica acción contra un motín excitado.

La teoría de que el gobierno nunca debe dirigir las armas del Estado contra una manifestación popular, no podemos aceptarla con el rigor con que la plantea la prensa proletaria y oposición.



ta, a pesar de reconocer que retirandola, se quita una preciosa barrera que se ha erigido en proteccion de las muchedumbres que se reúnen públicamente por motivo de reclamaciones justas y sinceras contra las autoridades irresponsables.

Donde no hay el sentido de la justicia hay el caos. Es necesario robustecer la equidad de los juicios. Es preciso, en primera línea, que las manifestaciones sean lo que pretenden ser: manifestaciones para libramos de la causa de la carestia ~~de la carestia~~ ~~de algún privilegio~~ o para corregir algún error gubernativo o algo por el estilo, y no para derribar a un gobernante dentro del período de su constitucionalidad.

Nuestras luchas civiles son hoy irremediablemente mucho menos sangrientas que en el siglo pasado. Los métodos se han refinado. Pero sería demasiado pedir que sean completamente inofensivas. Todavía no tenemos aquí lo que siquiera en la forma existe en Inglaterra y Estados Unidos: el temperamento político que permite que el candidato derrotado en las elecciones felicite y ofrezca sus servicios al candidato electo. Nos falta saber luchar como se lucha en el



deporte, sin odio al contrario, sin quejas y cóleras por los golpes recibidos, con el pensamiento puesto únicamente en el certamen mismo o sea en la copa del premio, que en el caso de que tratamos simbolizaría el progreso comunal.

La República Argentina y Chile están políticamente mejor que nosotros, por la mayor consolidación de sus gobiernos — a un chino le decimos, para deprimir su orgullo patriótico, que su país se convulsiona en continuas subversiones, sin acordarnos de que no estigmatizamos a nosotros mismos al mencionar este punto — ¿por qué, pues, no nos resolvemos ya a ~~ellos~~ escoger el buen camino, a luchar por reformas y no por trastornos políticos?

Callao, Febrero 1924.

Dora Mayer de Zuber